









IVAN SOBOLEV

PASAPORTE NANSEN
LA VUELTA AL MUNDO EN MOTOCICLETA

Traducción de
Alberto Haller



BARLIN LIBROS
PENSAMIENTO AL MARGEN

Primera edición: marzo 2021

Título original:

Nansen passport. Round the world on a motor-cycle

© de la traducción, 2021

Alberto Haller

© de la cubierta, 2021

Irene Bofill

© del epílogo, 2021

Justo Serna

© de esta edición, 2021

Barlin Project SL

Dirección editorial:

Alberto Haller

Publicado por:

BARLIN LIBROS

Avda. Baleares 61-4º-20

46023 (València)

BIC: FA

ISBN: 978-84-120228-6-5

Depósito legal: V-290-2021

Impreso en España

editorial@barlinlibros.org

www.barlinlibros.org

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares del copyright, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

TABLA

Mi infancia en Rusia	9
Revuelta y revolución	17
En un regimiento cosaco	24
Una experiencia física	32
El Nido del Águila	40
El Turquestán Oriental	47
Ganarse la vida	54
Cruzando el Gobi	61
En el ejército chino	68
De Tianjin a Shanghái	75
Cumpliendo objetivos	84
De Hong Kong a Bangkok	92

La jungla de Siam	100
De Bangkok a Singapur	108
De Calcuta a Lahore	115
Por el desierto de Sind	123
De Persia a Irak	130
De Bagdad a Jerusalén	138
Jerusalén	144
De Marsella a París	149
De París a Belgrado	156
Por Europa central	164
De Londres a Baltimore	171
La costa oeste	180
Hollywood	188
De Victoria a Japón	195
De vuelta a Shanghái	203
Epílogo de Justo Serna	205

MI INFANCIA EN RUSIA

Provengo de una familia de antigua tradición militar. Mi padre fue coronel con responsabilidades de mando en la armada siberiana; mi abuelo sirvió durante toda su vida en el ejército imperial ruso. Nací en Omsk, Siberia, aunque pasé casi toda mi infancia en la provincia de Vyatka¹, en la casa que mi familia tenía cerca de un pueblecito llamado Zailet².

Fui el mayor de mis hermanos, por lo que ninguno de los otros dos tenía la edad suficiente para jugar conmigo en mis primeros años de vida. Parte de mi niñez la pasé divirtiéndome con los hijos de los campesinos de la aldea. Cerca de casa había un pequeño arroyo, en el que capturaba peces sirviéndome de una canasta, tal y como aprendí de los lugareños. Me encantaba quedarme flotando boca abajo con el cesto preparado y, cuando pasaba un banco por debajo de mí, atraparlo con un movimiento veloz. Tal vez aquella extraña pesca no fuera un deporte como tal, y los pececillos del botín no sirvieran de mucho. Sin embargo, a mis cinco años aquello me divertía enormemente.

Un día estaba solo pescando de aquella peculiar manera, cuando uno de mis amigos, un muchacho al que recuerdo como bastante vulgar, me hizo una broma pesada que nunca olvidaré. Tras voltearse la chaqueta de piel de oveja, trepó justo encima de donde me encontraba y se abalanzó sobre mí profiriendo un potente rugido. El susto fue terrible: tal y como pretendía, creí que era un oso. Me desmayé del miedo. Recuerdo que me llevaron hasta casa y me metieron en la cama, sin ser capaz de hablar para contarle a nadie qué había sucedido. Estaba mudo: el *shock* me había dejado tonto.

¹ Nombre informal que recibía el Óblast —*región*— de Kírov.

² Aunque en el libro no se especifica, según los registros de enterramiento británicos, Ivan Sobolev nació en el año 1901.

(Todas las notas son del traductor)

Tras cuatro días sin hablar, la ansiedad de mi madre se disparó. Me llevaron al médico del pueblo de al lado, quien se mostró totalmente incapaz de hacer nada por mí. Lo único que se le ocurrió fue que un nuevo *susto* cancelaría el efecto del que me había enmudecido. Aquel tratamiento no parecía demasiado esperanzador. Al final, uno de los cocineros de casa convenció a mi madre para que una de las ancianas de la aldea probara sus remedios conmigo.

Estas ancianas —prácticamente en todas las aldeas hay alguna—, son algo parecido a las hechiceras de la Edad Media: mitad médico, mitad bruja. Conocen todos los usos de las hierbas medicinales, en qué momento de la fase lunar deben ser recolectadas y, por lo general, siempre saben cómo sanar. Una tarde me llevaron de visita a la casa de una de ellas. Me recosté en una cama mientras llenaba una vasija con agua caliente, en la que arrojó unos pedazos de carbón que quedaron a flote. Recuerdo observar aquella escena aterrorizado: la vieja murmuraba conjuros sobre el cuenco humeante. Al final, su cara palideció por completo mientras parecía adentrarse en una especie de trance. La observé fascinado hasta que, finalmente, se acercó hacia la cama. Si mi madre no hubiera estado para cogerme la mano y tranquilizarme, me habría levantado para huir de allí a toda velocidad.

Se inclinó sobre mí y comenzó a pasar sus viejos y sinuosos dedos por mi cara mientras entonaba conjuros entre ásperos murmullos. El miedo me abandonó y entonces caí dormido... Cuando desperté, el sol brillaba al otro lado de la ventana. Estaba en mi casa; en mi cama. Me levanté y llamé a mi madre de un chillido. Mi voz estaba de vuelta. Estaba curado.

Los días de mi infancia que recuerdo más felices fueron en compañía de mi abuelo materno. Era un señor alto y enérgico, de por lo menos metro ochenta, pelo cano y barba albina hasta la cintura. Alardeaba de no haber enfermado nunca y de no haber perdido siquiera un diente. Nunca había fumado o bebido, a excepción del vaso de vodka que siempre tomaba antes de comer.

La finca que mi abuelo poseía en el pueblecito de Bechonky no era demasiado extensa. Sin embargo, se dedicaba al comercio de la miel, poseyendo hasta 1.200 colmenas. Viajaba por todo el Cáuca-

so, donde adquiriría esta sustancia por toneladas, para después venderla en el mercado de Nizhni Nóvgorod, desde donde viajaba al resto de Europa. Los gremios todavía existían en Rusia por aquel entonces, y él llegó a ser el presidente del de mercaderes de miel.

Uno de mis primeros recuerdos es de un viaje que hicimos de Omsk a Bechonky. Tras varios días de travesía en tren, nos apeamos en Glazov, desde donde continuamos en un carricoche tirado por caballos. Avanzamos dos semanas así, tal y como lo habían hecho nuestros antepasados del siglo XVIII, parando cada noche en una posada para descansar. Al final del trayecto atravesamos un denso bosque de alerces y abedules. Al dejarlo atrás, el valle y la localidad de Bechonky se encontraban justo delante nuestra. Nuestro recorrido había terminado.

Allí pasamos un largo y feliz verano, convirtiéndome pronto en el favorito de mi abuelo. Me dediqué a jugar con mis primos pequeños, quienes también veraneaban allí, así como con los hijos de los campesinos de la aldea. Pronto aprendí a montar y a correr en carreras de caballos junto a mis primos. En una de esas carreras, de hecho, tuve una mala caída. Me abrasé la piel del lado izquierdo del cuerpo, aunque disimulé las lesiones porque tenía expresamente prohibido competir. Sin embargo, por la tarde me descubrieron, ya que el dolor se había vuelto completamente insoportable.

Puesto que, a pesar de mi juventud no derramé una sola lágrima, mi abuelo quedó gratamente impresionado por mi fortaleza, prohibiendo a mi madre que me castigara por desobedecerles. «Ya ha tenido bastante castigo», le dijo. Y la verdad es que así era. Pasaron semanas hasta que la piel se me regeneró del todo. Fui un niño bastante malcriado, porque mi abuelo siempre me protegía cuando hacía alguna trastada.

Recuerdo el desafortunado día en que, jugando al escondite con mis primos, me escondí detrás de la chimenea de la gran cocina del patio exterior. Entonces tropecé y fui a parar a una gran tinaja repleta de masa de pan que alguien había dejado allí fermentando. Cubierto de aquella pasta pegajosa, huí de Okulina, la vieja y rechoncha cocinera quien, al verme, comenzó a perseguirme blandiendo una gran cuchara de madera y bramando todo lo que me iba a hacer cuando me atrapase. Como logré llegar hasta mi abuelo

antes de que me alcanzase me salvé de nuevo del castigo, ya que se puso a reír alborotado viéndome en tal apuro, y a la vieja cocinera detrás berreando con irritación.

Eso sucedió el mismo verano, creo, en que mi abuelo se dio cuenta de que alguien le estaba robando la miel de las colmenas. A pesar de intentarlo de varias maneras, no logró descubrir al ladrón. Al final, uno de sus amigos se ofreció a hacer ese trabajo por él. Y lo consiguió, poniendo entre varios de los panales un barril de vodka. Al día siguiente encontraron a un gran oso marrón borracho hasta el punto de que parecía muerto. Lo ataron entre varios campesinos y lo subieron a un carro, exhibiéndolo triunfantes por las calles del pueblo hasta llegar, según lo prometido, ante mi abuelo para que lo juzgase.

Para los habitantes de Bechonky, él actuaba siempre como juez, dirimiendo en disputas matrimoniales o desacuerdos territoriales de manera mucho más satisfactoria que si se hubiera recurrido a un tribunal regular. Siempre me preguntan cómo era la vida de los campesinos bajo el régimen zarista. Sin embargo, yo solo puedo hablar de lo que vi entre los que trabajaban para mi abuelo: parecían felices, tal y como suelen parecer todos aquellos que trabajan la tierra con sus propias manos. Sea donde sea.

Está claro que trabajaban desde que amanecía hasta la puesta de sol, y que muchos de ellos, una vez terminada la jornada, lo único que querían era cenar e irse a dormir de puro agotamiento. Sin embargo, estoy igualmente convencido de que bajo el régimen soviético trabajan igual de duro. Con la excepción, según me han comentado, de que ahora, al concluir la jornada, en vez de irse directamente a dormir deben acudir a la biblioteca pública a leer, aunque sea el periódico del día. Así, al menos, se trata de educar al campesinado.

Es cierto que la mayor parte de los trabajadores de mi abuelo no sabían leer ni escribir, y a pesar de ello parecían felices y despreocupados —o tal vez lo eran precisamente por ello—. Siempre se escuchaban canciones provenientes de los campos de cultivo donde trabajaban, y siempre había un domingo, día de descanso y disfrute, al que esperar.

Los preparativos para la festividad semanal comenzaban los sábados con la ceremonia de la sauna. Nunca pude jugar con mis amigos hijos de campesinos los sábados por la tarde precisamente por ello,

aunque siempre les ayudaba a transportar el agua desde sus casas hasta la *banya* (sauna).

Toda casa en Rusia tiene su propia *banya*: edificio separado a cierta distancia de la vivienda, construido en madera. Al entrar se accede a una pequeña antesala que precede a otra habitación de unos diez metros cuadrados. A un lado de la estancia hay una enorme estufa alargada con grandes piedras apiladas encima. Al otro lado, unas plataformas de madera que se elevan hacia el techo, con peldaños lo suficientemente anchos como para que un hombre yaciera sobre ellos.

Los días de sauna la estufa se enciende durante horas. Cuando la temperatura es la adecuada, los hombres de la familia, vestidos solo con chalecos de piel de oveja, se desplazan desde la vivienda hasta la *banya*, teniendo que correr en invierno, cuando las temperaturas pueden llegar a los veinticinco grados bajo cero. Tras quitarse los chalecos y dejarlos en el *hall*, vierten jarras de agua sobre las piedras calientes hasta que la estancia se llena de vapor. Los que mejor aguantan el calor se encaraman hacia los peldaños más altos, y los demás se acomodan sobre los que quedan más cerca del suelo. Entonces se golpean el cuerpo sirviéndose de unos cepillos hechos de ramas de abedul que empapan en unos cuencos repletos de agua caliente. Una vez hecho esto, se tumban sobre el escalón y descansan envueltos por la bruma.

Cuando consideran que ya han tenido suficiente, se enfundan otra vez sus chalecos de oveja y corren de nuevo hacia la casa, siendo entonces el turno primero de las mujeres, y finalmente de los niños.

Los domingos por la mañana siempre se vestían con sus mejores galas y, con amplias sonrisas, los habitantes del pueblo entero se congregaban para la misa, precedida por reiterados toques de campana. Tras sus obligaciones con Dios, el resto del día lo dedicaban a comer y festejar. Todos los campesinos poseían sus propios cerdos, gallinas, patos y ocas, y me cuesta creer que en todo Bechonky hubiera un solo hogar tan pobre como para no poder permitirse comer, aunque fuera pollo, asado o hervido, cada domingo.

Tras la comida, los más mayores hacían una siesta o, si era verano, descansaban en los bancos ubicados en los laterales del frondoso y amplio paseo que atravesaba la localidad. Los jóvenes, por su parte,

iban a bailar y divertirse. Muchos de ellos tocaban la armónica o el acordeón; unos pocos, el violín. Conforme comenzaban a tañer sus instrumentos, chicos y chicas, solteros y solteras, emprendían los intrincados pasos de los bailes propios de la música folklórica rusa. Cuando se cansaban de bailar, se divertían con juegos diversos. Existían algunos eliminatorios, en los que los besos eran el precio a pagar para quien perdía. Había uno, similar a los bolos, en el que los hombres jóvenes competían y que se jugaba con las tabas de las ovejas. Se disponían cerca de una veintena de estos *bolos* formando una hilera, colocando debajo de cada uno de ellos un kópek. El jugador, a una distancia de catorce metros aproximadamente, lanzaba una taba más grande para tratar de volcar el mayor número posible de los que estaban en fila. Las monedas que quedaban al descubierto tras el lanzamiento eran su recompensa. Yo llegué a convertirme en todo un campeón de este pasatiempo.

Pero los domingos no eran, en absoluto, las únicas fiestas. El calendario ruso está lleno de festivos consagrados a los santos que son de *obligado cumplimiento*. Y, claro, estos días tampoco son laborables. El día de San Juan era muy popular entre los más jóvenes, porque daba la oportunidad de lucirse a los más valientes.

Tras la misa, se celebraba una procesión que partía de la iglesia y llegaba hasta el río. El sacerdote, ataviado con vestiduras de encaje dorado, lideraba el desfile portando una cruz áurea. Los estandartes, decorados con imágenes de santos, ondeaban con orgullo. La congregación los seguía portando cada uno de ellos un cirio. Al llegar al río, el capellán arrojaba la santa cruz por un agujero expresamente horadado en el hielo y, a continuación, los voluntarios se deshacían de su ropa a toda prisa y se hundían en su búsqueda lanzándose por el orificio. Los demás debían ayudarles, dado que el frío era tan intenso que si trataban de agarrarse al hielo para salir por su propio pie se les helaban las manos.

El día de Todos los Santos, las mujeres preparaban carne al horno y pasteles que llevaban al cementerio para ofrendar sobre las tumbas de sus difuntos. Una vez allí, las familias se reunían para celebrar un banquete. Lo sobrante se arrojaba sobre los nichos y, más tarde, una vez se habían marchado, mendigos, vagabundos y pobres se comían los restos.

La Pascua era, por supuesto, la festividad más importante. Durante la Semana Santa, en todos los hogares del pueblo se encendía el fuego y, entre los oficios celebrados en la iglesia, las mujeres se ocupaban de preparar masa de pan, arroz, frutas confitadas, ciruelas y pasas para la fiesta. Los niños, a su vez, hervían y pintaban huevos... Ni siquiera los más reputados artistas eran capaces de desdeñar algunas de las exquisitas miniaturas pintadas sobre las cáscaras de aquellos huevos. Recuerdo una vez en que mi abuelo pagó ocho rublos por una de aquellas pequeñas obras de arte, que colocó junto a una imagen que tenía justo frente a la puerta de su habitación.

El sábado por la noche todo el mundo acudía a la iglesia para el oficio de medianoche, cargados con cestos repletos de carne y pasteles que el sacerdote bendecía. Era tal la concurrencia, que el edificio era incapaz de acoger a todo el mundo, por lo que los que llegaban tarde permanecían en el exterior, en fila frente a los portones abiertos para escuchar la homilía. La misa de Pascua era aún más larga. Cuando se bendecía el último cesto y la congregación se dispersaba, los gallos comenzaban a cantar dando la bienvenida al amanecer.

Es en ese momento cuando nos felicitábamos las pascuas: «Cristo ha resucitado, hermano». Y pobres y ricos; amigos y desconocidos, se besaban unos a otros en ambas mejillas. Llevaba mucho rato llegar a casa: había mucha gente a la que felicitar. Al llegar se desempacaban los pesados cestos y los alimentos se guardaban en la cocina. Durante días celebrábamos numerosos banquetes.

Cuando tenía unos doce años, había crecido con rapidez y me había convertido en un muchacho bastante prudente, por lo que decidieron que lo mejor era que dejara los estudios una temporada y fuera de nuevo a visitar al abuelo. Había comenzado a estudiar en un colegio en la ciudad de Perm, donde vivía con unos amigos de mi madre.³

Viajé desde Perm acompañado únicamente de un *mujik*⁴ sirviente del señor Ovechkin, por lo que sentí que ya era adulto por el hecho de dejarme viajar a solas.

³ Los Ovechkin. Se habla de ellos unas páginas más adelante.

⁴ Término que designa originalmente a un campesino ruso sin propiedades. Se trata de un arquetipo de la literatura rusa, donde se suele presentar a estos personajes como pobres, perversos y corruptos.

Aquel corto período en Bechonky fue tan gratificante como siempre y, para mi satisfacción, mi abuelo decidió llevarme con él en su viaje anual por el Cáucaso en busca de miel. En estos viajes, me di cuenta de que mi abuelo dejaba de ser un terrateniente para convertirse en comerciante. Las largas visitas a las teterías, donde los hombres bebían e intercambiaban divertidas anécdotas de sus viajes, eran el necesario preámbulo de todo negocio. Mi abuelo era capaz de contar las historias más divertidas y de beber tanto té como el resto de mercaderes de miel, a pesar de que por aquel entonces debía rondar ya los noventa años.

Se mantuvo fuerte y con buena salud hasta el mismo día de su muerte. Recuerdo que guardaba especial antipatía por todos aquellos que *se empeñaban* en estar siempre enfermos. Siendo un muchacho tan malcriado como yo, se me permitía comer dulces hasta el extremo de que, en ocasiones, sufría dolor de muelas. En una ocasión me quejé de ello a él, pero no me consoló. Al contrario: se puso furioso. «¿Qué? —exclamó—. Yo, con noventa y seis años, no sé lo que es un dolor de muelas. Y tú, con trece, ¡vas por ahí lamentándote! Dímelo otra vez y te arreo un buen sopapo».

Falleció de manera curiosa. Acababa de regresar de uno de sus viajes por el Cáucaso y salió de casa a inspeccionar sus colmenas. Entonces, de súbito, como si alguien le hubiera golpeado en las rodillas por detrás, se derrumbó. Entre varios lo llevaron dentro de casa. Murió en cuestión de minutos.

REVUELTA Y REVOLUCIÓN

A mi abuelo paterno no lo recuerdo demasiado bien, a pesar de haber pasado buena parte de mi infancia en Zailiet. Amaba aquel lugar y los paisajes que lo rodeaban. Era el hogar de mi familia, y aquí era donde mi padre tenía su criadero de caballos. Seis de ellos, de hecho, llegaron a ser auténticos campeones.

En invierno organizaba competiciones de trineos de hasta trece *verstas*⁵: uno de los deportes más emocionantes que jamás haya presenciado. Cientos de personas acudían desde los pueblos cercanos, incluyendo terratenientes y amigos de la familia. En el torneo solo se permitía la participación de los mejores caballos. Al acabar las carreras se celebraba un gran banquete en honor al ganador; tras el que tenía comienzo, como colofón a la fiesta, combates de boxeo en el que participaban los hombres más fuertes de la localidad. Era el gran acontecimiento del año, por lo que jóvenes y viejos acudían en tropel.

Mi padre poseía el caballo más veloz en toda la región. Un pequeño capón blanco llamado Pupsik. Ningún otro se le acercó jamás, hasta el punto de que mi padre decidió no correr más con él, dado que todo el mundo se quejaba de que el resultado de las carreras era siempre el mismo. Pupsik era una verdadera celebridad en aquella zona de Rusia, y mi padre se lo llevaba de un destacamento militar a otro. Siempre decía: «mientras Pupsik viva seguirá conmigo. ¡No lo vendería ni por cien mil rublos!»

Solía ir a las carreras con mi padre mucho más a menudo de lo que mi madre aprobaba, aunque cuando iba de caza la cosa cambiaba, mostrándose mucho más inflexible ante mis súplicas. Él y sus amigos solían cazar zorros y liebres con la ayuda de sus Borzois, y nunca dejaron que me uniera a ellos.

Cuando fui al colegio nunca me interesé demasiado por los juegos escolares: me parecían anodinos e insustanciales en comparación

⁵ Unidad de longitud rusa.

con los deportes al aire libre que había conocido en mi propia casa. En la escuela fui un muchacho callado y educado: siempre obtuve la calificación más alta en comportamiento. Sin embargo, en aritmética o geografía mis notas no eran, ni de cerca, tan buenas. Cuando crecí di un estirón que hizo que me quedara escuálido. «Alubia alargada» es cómo mis compañeros comenzaron a llamarme. También se reían de mí por ser «demasiado buen chico».

Nunca me interesó demasiado la escuela, aunque cogí verdadero cariño al señor y la señora Ovechkin, con quienes vivía cuando asistí al colegio en Perm. Eran personas de lo más cordiales y me trataron como a un hijo. El señor Ovechkin poseía numerosas fábricas de dulces de todo tipo. Eran muy ricos, aunque ninguno de ellos era persona ociosa. La señora Ovechkin dirigía una escuela de mecanografía y negocios para mujeres jóvenes.

Siempre me alegraba cuando acababa el período escolar y podía volver a mi casa en Zailet. Amaba aquel sitio: la vida en la calle, pescar, montar a caballo o jugar con los hijos de los campesinos. Me entristeció mucho cuando, tras la muerte de mi abuelo paterno, mi padre decidió vender la casa para mudarnos a Omsk, donde sus obligaciones militares le llevaban casi todo el tiempo. Tener que dejar atrás mi hogar me rompió el corazón. Me habían criado bajo la idea de que un chico no puede llorar, por lo que cuando nos fuimos de Zailet me avergoncé de verme a mí mismo haciéndolo con amargura.

En Omsk mis padres compraron una casa en la calle Vozdvijenskaya, donde vivimos bastantes años. Y entonces llegó la Gran Guerra, por lo que tuvo que dejarnos para luchar por su país. Le hirieron tres veces, lo que le valió recibir de manos del zar una espada y una pistola al valor, conocidas como Armas de San Jorge. Sin embargo, cuando comenzó la Revolución Bolchevique y el ejército se sublevó, él, al igual que muchos otros oficiales, fue asesinado por sus propios soldados.

Tras su muerte, mi madre y yo abandonamos Omsk para visitar a nuestros amigos, los Ovechkin, en Perm. Con ellos siempre me sentía bien. Me llevaban a dar largos paseos a caballo, lo cual me ayudaba en cierta medida a distraer el dolor que me producía la ausencia de mi padre. Tras un mes de estancia, mi madre regresó a Omsk y yo me quedé allí para proseguir con mis estudios.

Pronto Rusia al completo comenzó a agitarse. Y aunque en un principio todo parecía tranquilo en la parte del país en la que nos encontrábamos, la revolución empezó a extenderse de tal manera que sentirse seguro fue imposible en cualquier lado. Llegó un punto en que dejé de asistir al colegio hasta que un día, a las cinco de la madrugada, un cúmulo de gritos y clamores provenientes de la calle me sacaron de la cama. Podía escuchar disparos y cristales rompiéndose por todos lados. Los bolcheviques habían llegado a Perm.

Estaba muy nervioso, y lo único que quería era salir para ver qué estaba sucediendo. Los Ovechkin me lo prohibieron. Subí a toda prisa hasta el desván para mirar por la ventana. Era terrible. Como a mitad de la calle había una papelería: la gente destrozaba las cristalerías y arrojaba sobre el adoquinado botellas de tinta, libros y papeles. El local de al lado, una joyería, era saqueado. La gente —muchos de ellos manchados de tinta—, se afanaba en llevarse relojes, anillos y broches. Una pequeña avanzadilla comenzó a disparar sobre la multitud, y pronto la sangre y la tinta se mezclaron sobre el asfalto. Pero a pesar de los disparos los saqueos continuaron. Hombres y mujeres se aunaban en la muchedumbre mientras, afanosos, transportaban colchones robados, fardos de ropa o sacos de harina hasta sus casas. Más allá solo se escuchaba el sonido de cristales rompiéndose.

Por la tarde las cosas se calmaron un poco, gracias a lo cual pude salir de la casa. La ciudad estaba irreconocible. Aquí y allá estaba todo destrozado: había gramófonos, pianos y pedazos de mobiliario esparcidos por el pavimento, completamente despedazados. Tras satisfacer mi curiosidad volví al hogar. Me recibió el mayordomo, completamente alterado.

Más tarde los disturbios se iniciaron de nuevo, por lo que comenzaron a oírse disparos otra vez. El edificio inmediatamente junto al nuestro era la escuela de la señora Ovechkin. Pronto las pesadas contraventanas de madera cedieron, y los alborotadores arrojaron las máquinas de escribir en medio de la calle. Al rato, la turba comenzó a sacudir la puerta de nuestra casa, por lo que los Ovechkin, los aterrados sirvientes y yo nos encerramos en el desván. Recuerdo que el señor Ovechkin trajo consigo una pistola para defendernos.

Por la ventana pudimos ver cómo la multitud, que se aglomeraba

en las puertas de la casa, accedía al patio. Allí había un par de almacenes que saquearon en el acto: cajas repletas de frutas confitadas y bombones, listas para su envío, depredadas y hechas añicos. La multitud, perturbada por la bebida, arrojaba el botín en medio de la calle y lo pisoteaba. Durante toda la noche escuchamos alaridos bajo nuestros pies, aunque nadie llegó a subir hasta la oscura buhardilla en la que nos escondíamos. Allí estuvimos: esperando a que la muerte nos alcanzara en cualquier instante.

Por la mañana llegaron a la ciudad tropas del gobierno que sofocaron la revuelta momentáneamente. Acompañé a los Ovechkin a inspeccionar sus tiendas y fábricas: estaba todo destrozado. Mis pobres anfitriones, al igual que la práctica totalidad de los mercaderes y empresarios de la ciudad, se habían quedado en la más absoluta ruina.

El señor Ovechkin era un hombre de una salud y vitalidad enviables, y en cuestión de días lo vi envejecer a un ritmo vertiginoso. Su pelo caneció y su espalda se arqueó de angustia, no solo por su propia desgracia, sino también por la ansiedad y el sufrimiento que le provocaba intuir el destino de su país.

Tan pronto como fue seguro viajar de nuevo, me enviaron a casa junto a mi madre, en Omsk, tras despedirme de unos amigos a los que no volví a ver nunca más. Mi madre había estado siguiendo los disturbios en Perm por la prensa, lo que le había generado un terrible estado de ansiedad. Al verme llegar sin previo aviso estalló de alegría.

Por aquel entonces Kerensky detentaba el poder en Rusia; por unas semanas reinó algo parecido al orden. Por mi parte, ya era lo suficientemente adulto como para asistir a la escuela de cadetes en Omsk y comenzar mi instrucción militar. Siempre me había sentido determinado para el ejército, y mucha gente por aquel entonces tenía la fe de que el Zar, o tal vez su hermano, el Gran Duque Miguel Románov, sería restituido en el trono.

En la escuela de cadetes me esforcé como nunca antes lo había hecho. Los días eran largos, con duros entrenamientos matutinos antes de las clases y luego de nuevo por las tardes. Debido a lo agitado del momento, nuestro adiestramiento fue muy irregular. Durante

meses no pudimos proseguir con los ejercicios de caballería, dado que todos los animales fueron requisados por el ejército. Cuando finalmente conseguimos caballos brillé con luz propia como nunca antes lo había hecho en ningún otro entrenamiento. Solo teníamos unas pocas tardes libres. En la sala común había un piano, en torno al cual cantábamos y nos divertíamos hasta que llegaba la hora de los rezos y dormir.

Cada grupo tenía su propia habitación comunitaria, con un oficial al mando que dormía en la contigua desde la que vigilaba que las luces se apagaran a la hora correcta. Nuestro oficial encargado, recuerdo, era de sueño profundo: sus fuertes ronquidos le delataban, por lo que normalmente teníamos más tiempo para pasarlo bien tras el apagado. Una noche, uno de los cadetes, equipado con aguja e hilo, se coló en su habitación y, mientras dormía, le cosió el pijama a las sábanas. Al día siguiente, incapaz de levantarse, tuvo que gritar pidiendo auxilio. Como es obvio, estaba furioso. Y como nadie delató al responsable, todos los de la habitación nos quedamos sin nuestro día semanal de descanso durante dos semanas.

Mi entrenamiento en la academia militar debió de haber durado entre dos y tres años, pero yo solo estuve ocho meses. Por aquel entonces, el gobierno de Kerensky se había derrumbado, y los disturbios se extendían por todo el país. En Omsk, Atamán⁶ Krasilnikov organizó un grupo de voluntarios que protegiese a los ciudadanos. Al enterarme decidí alistarme.

Como todavía no había cumplido los dieciocho, mi madre consideró que aún era demasiado joven. Sin embargo, yo era un muchacho alto y fornido que ya se sentía todo un hombre: no podía quedarme de brazos cruzados en la escuela mientras veía cómo todo mi mundo corría semejante peligro.

Mi etapa al servicio del regimiento de Krasilnikov fue breve. Nuestra primera marcha nos condujo hasta el pequeño municipio de Kamen, donde los bolcheviques habían logrado consolidarse. Nos pertrechamos de armas y municiones en Tatarka y, tras una larga y abrasadora travesía a lomos de nuestros caballos, me bebí de un solo trago una jarra entera de agua fresca de una cisterna. Pocos días después estaba gravemente enfermo de tífus, por lo que

⁶ Título oficial de los comandantes supremos de los ejércitos cosacos.

mis compañeros me dejaron atrás, en casa de una amable anciana, vecina de uno de los pueblecitos que atravesamos. Allí no había acceso a ningún tipo de tratamiento médico: prácticamente me dejaron para morir.

La gran mayoría de los aldeanos eran ucranianos, por lo que apenas entendía una palabra de lo que decían. Sin embargo, estaba demasiado enfermo como para que me importase. Tras un par de días, la anciana me dijo que había conseguido una medicina prodigiosa que me pondría bien en seguida —información que me transmitió mediante signos—. Entonces me trajo un gran vaso, relleno de un líquido oscuro y verdoso. Me conminó a bebérmelo de un solo trago. Lo hice: aquel es el mejunje de peor olor y sabor de cuantos he bebido en mi vida. Más tarde descubrí que la base de aquel brebaje era el estiércol de caballo diluido; la *milagrosa cura* de aquellos aldeanos para el tifus.

Tras ingerirlo, la anciana me rodeó con sus brazos y me ayudó a recostarme sobre su viejo colchón de plumas extendido en medio de la vivienda. Me quedé dormido al instante y allí me quedé durante horas. Al despertar estaba prácticamente como nuevo. Se supone que para curar la resaca lo mejor tras levantarse es pegar un trago. Si me sirvo de esta analogía, creo que aquel brebaje fue a mi enfermedad el equivalente a beberme una botella entera de vodka. Fue, literalmente, un «curarme o morirme». Y me curé. En mi posterior convalecencia, aquella agradable mujer me cebó a alimentos a los que no estaba acostumbrado. Tras levantarme del catre, me trajo una buena ración de melón en conserva acompañado de jamón y huevos. En un par de semanas me despedí de aquella anciana ucraniana cuya bondad me salvó la vida, y me encaminé de nuevo rumbo a Omsk. «Todos tus problemas, Ivan, están causados por tu obstinada desobediencia», me espetó mi madre una vez de regreso. Sin embargo, sé que la mujer estaba encantada de verme de nuevo de vuelta, sano y salvo.

En Omsk, el almirante Kolchak había formado un gobierno contrarrevolucionario, bajo cuyas órdenes se había instituido un más que leal ejército blanco. Al poco de regresar, oímos el rumor, con horror y abatimiento, de que la familia real había sido asesinada. De

nuevo sentí que era mi deber desobedecer a mi madre, uniéndome al ejército que trataba de sofocar la revolución. Atamán Annenkov buscaba voluntarios para el 2º Regimiento Cosaco. Me alisté y, un par de días más tarde, me despedía de mi madre.

No la he vuelto a ver desde aquel día. La última noticia que tengo de ella, que es de hace ya unos cuantos años, es que todavía vive en Omsk con mi hermano y mi hermana. Como antiguo oficial del ejército blanco, correría un gran riesgo si tratara de cruzar las fronteras de Rusia y, si les escribiese, sería a ellos a quienes estaría poniendo en peligro. Apenas hay refugiados rusos por el mundo que no se encuentren en la misma situación de incerteza con respecto a sus familias o amigos.

EN UN REGIMIENTO COSACO

Nada más alistarme, me asignaron un cargo dentro del 2º Regimiento Cosaco, comandado por el coronel Ostroïkhov. Recuerdo bien el orgullo con que me enfundé por primera vez el uniforme. Y lo cierto es que me quedaba muy bien: color negro, hombreras blanquecinas, una estrella plateada sobre el pecho señalando mi rango y una ushanka⁷ ornamentada con una calavera plateada y unas tibias entrecruzadas cubriéndome la cabeza.

Para un joven ruso, convertirse en oficial cosaco era la consecución del sueño romántico por excelencia: hombres cuya osadía y cuyos logros han sido celebrados en crónicas y canciones desde los tiempos de Gengis Kan.

Fui el oficial más joven en años, así como el único no cosaco de nacimiento. Los demás oficiales me trataban como a una especie de mascota. El coronel Ostroïkhov estuvo pendiente de mí de manera especial, llegando a establecerse entre nosotros una relación de indulgencia cercana a la que tendría un padre con su hijo. Aunque solo durante el tiempo libre: en cuestiones militares se mostraba riguroso y disciplinario, y como su más avezado subordinado, se esperaba de mí que cumpliese mis obligaciones con la más estricta eficacia. Si fallaba, me llevaba un buen rapapolvo.

En realidad me considero un gran afortunado por haber recibido mi instrucción militar de mano del coronel Ostroïkhov. Era un maravilloso soldado: justo, honesto y audaz, respetado por todos sus subordinados. Excelente estratega y organizador, prestaba atención personalmente a cada detalle y miembro del equipo.

Cada uno de los que conformábamos la compañía habíamos sido elegidos cuidadosamente por él, e incluso a la altura de 1918 nuestras monturas aún se encontraban en un estado excelente, tras haberlas renovado con los mejores caballos provenientes de Siberia. Cada sotnia⁸ se servía de caballos de distintos colores; los había

⁷ Sombrero con orejeras flexibles propio de Rusia.

⁸ Unidad militar tradicional cosaca, que originalmente significa *cien*, en referencia al conjunto

negros, grises, castaños y jabonosos. Toda *sotnia* tenía sus propios cantores, que cabalgaban al frente de las formaciones y que, conforme avanzaban, entonaban canciones cosacas como solo estos soldados son capaces de entonar. Abriendo el camino iban siempre miembros del regimiento a lomos de sus niveos animales. Estoy convencido de que vernos marchar por los caminos a lomos de nuestras monturas constituía una imponente visión. Cuando llegábamos a algún pueblo, jóvenes y viejos salían a nuestro encuentro a recibirnos y aplaudirnos.

Al igual que cantantes, había también excelentes bailarines en nuestro regimiento. Nuestros hombres, aunque bravos como leones durante la batalla, se mostraban alegres y despreocupados como niños en los cortos períodos de descanso con los que contábamos. No es mi propósito el escribir aquí una historia de la Revolución Rusa —de hecho, ya se han escrito muchas—. Sin embargo, sí hay una cosa que me gustaría aclarar: he podido leer en varios lugares que el ejército blanco sufrió el desgaste y la erosión de la propaganda bolchevique. En mi propia experiencia, nunca vi un solo ejemplo de todo esto. En el ejército de Atamán Annenkov no cabía la posibilidad de que algo así se produjera.

Mi asistente se llamaba Spira. Era un ayudante extraordinario, que cuidaba de mí como si fuera mi madre. Cuando enfermaba, o simplemente estaba cansado, se encargaba de prepararme las más deliciosas comidas, y me vigilaba para cerciorarse de que engullía hasta el último bocado. Aunque, como buen cosaco, dirigía su atención de manera preferente al cuidado de los caballos —hacia mi yegua mestiza Krasotka, que significa «Bonita»; o hacia su capón Gromoboi, que significa «trueno»—. Nunca tuve que preocuparme por los animales: incluso cuando no había comida disponible para los otros caballos del regimiento, Krasotka y Gromoboi tenían algo que llevarse a la boca. Tal y como dice el proverbio ruso, «si no es capaz de encontrar sustento en la superficie, excavará en la tierra hasta conseguirlo».

Nunca he querido a un caballo como quise a Krasotka: me salvó la vida en numerosas ocasiones, por la rapidez en su entendimiento del leve roce de las riendas. Aunque también en otras ocasiones me

de sus componentes.

puso en peligro por su vivo entusiasmo a la hora de atacar. Algo beneficioso cuando nuestra acometida era exitosa, pero perjudicial si nos tocaba batirnos en retirada. Pobre Krasotka: nunca olvidaré la pena que sentí por ella, mi amiga y compañera, cuando en una escaramuza fue herida de tal gravedad que, al final, tuve que dar la orden de que le dispararan para que no sufriera.

Las hostilidades revolucionarias ya se habían extendido hasta la región de Zungaria, por lo que nuestro regimiento tenía que estar en constante movimiento. Conforme bajábamos las armas en un sitio, debíamos comenzar a disparar de nuevo en otro. No podíamos descansar todos los días, llegando a estar hasta dos y tres noches sin dormir.

Tras dos de estas agitadas jornadas, tuvimos un serio enfrentamiento cerca de la pequeña localidad de Cheromukha, en el que perdimos tres oficiales y hasta dieciocho soldados asesinados por los bolcheviques. Finalmente, hicimos 450 prisioneros y nos incautamos de seis ametralladoras. Todo el mundo sabe que los bolcheviques matan al instante a todo aquel que capturan. En cuanto a nosotros, solo disparábamos *in situ* a quienes habían ejercido previamente de comisarios políticos o de oficiales en el ejército imperial, acusados de traición. A todos los demás les dábamos la oportunidad de elegir el pasarse a combatir en nuestras filas. Unos pocos acababan desertando, pero la mayoría se convertían en leales soldados del ejército blanco.

Tras tomar Cheromukha confiamos en que podríamos tener un merecido descanso. Mi asistente Spira me dijo «Hermano teniente —en la armada del Atamán Annenkov nos llamábamos ‘hermanos’ entre nosotros—, le he encontrado un buen sitio en casa del párroco. Le prepararé una buena comida y luego podrá descansar en condiciones».

Pero no fue posible. Tras la cena —en efecto, una muy buena cena—, y justo tras acostarme, me despertaron disparos y gritos provenientes de la calle. Los bolcheviques habían atacado por sorpresa el pueblo, y los encargados de la vigilancia no habían llegado a tiempo para avisarme. Al levantarme fui consciente de que estaba completamente aislado de mi regimiento, y de que las calles

que rodeaban la casa estaban completamente rodeadas de soldados enemigos. Me arranqué las insignias de la chaqueta del uniforme y ordené a Spira hacer lo mismo. Salimos de la vivienda y nos tumbamos en el suelo. Comenzamos a avanzar a rastras por la oscuridad. Nos habían robado los caballos, pero puesto que la noche era muy oscura pudimos realizar nuestro recorrido sin ser descubiertos. Estando a punto de salir del pueblo, tuvimos la suerte de tropezar con el almacén de municiones de los bolcheviques. Las guardaban en tres camionetas, vigiladas únicamente por un soldado. Convergendo desde las sombras, le sorprendí con un golpe seco de la culata de mi revólver en la cabeza. Enganchamos dos de las camionetas y salimos de allí a toda prisa. Spira conducía una sola, y yo otra con una tercera acoplada en el remolque.

Fue una travesía disparatada a través de las oscuras callejuelas del pueblo. Los soldados, que reconocían sus propias camionetas de munición pero no a los conductores, se apartaban al vernos pasar. Nos reencontramos con nuestro regimiento como a un kilómetro y medio de allí. Tras aparecer con los vehículos capturados, el comandante en jefe de la zona, el general Tsaritelli, que justamente estaba allí en esos momentos, me laureó con la Cruz de San Jorge. Además, me ascendió al rango de primer teniente, lo que me confería el derecho a portar dos cruces doradas en la solapa del uniforme.

La zona en la que nos correspondía operar estaba en la provincia de Zungaria. No obstante, debido a nuestra búsqueda del enemigo, junto con las ocasionales retiradas a las que tuvimos que atender, nos desplazamos paulatinamente hacia el sur, en dirección a las laderas del Macizo de Altái, en la frontera con el Turquestán Oriental.

No era inusual, en nuestras largas marchas a través de regiones tan despobladas, encontrarnos con caravanas humanas de los pueblos más esquivos del mundo, tales como los Kirguís —esquivos, sobre todo, desde el punto de vista de los recaudadores fiscales—. Bajo el régimen zarista, los Kirguís estaban *de facto* exentos del pago de impuestos, por el simple motivo de que ningún cobrador era capaz siquiera de seguirles la pista. Esto suponía un enorme perjuicio para el tesoro, puesto que son una etnia bastante acaudalada, rica en rebaños, camellos y otro tipo de ganado.

A día de hoy existe una región autónoma soviética Kirguí, aunque dudo que hayan cambiado demasiado sus costumbres. Resulta complicado imaginar a un pueblo tan indómito y poco acostumbrado a las leyes, sometiénose a las innumerables regulaciones propias de la administración soviética. Son una tribu nómada, que emigra periódicamente junto a sus rebaños de ovejas, sus caballos y sus camellos. Sus yurtas de fieltro son, a menudo, su único hogar, y desplazan su vida entera entre las dos jorobas de sus camellos, basculando entre las altas montañas del Macizo de Altái y las llanuras, dependiendo de la estación.

La primera vez que entré en contacto con los Kirguís fue cuando me enviaron a un pueblecito perdido en las montañas como responsable del transporte. Me acompañaban mi sargento y seis hombres más. Tras atravesar un desfiladero, nos encontramos frente a un gran valle, salpicado de pequeñas construcciones semiesféricas que parecían una especie de colmena discontinua. Ese es el aspecto de las yurtas kirguís desde fuera. A su alrededor había miles de ovejas de cola gruesa, cientos de caballos, camellos y cabras pastando.

Mi sargento me dijo: «esto es un campamento kirguí: hoy cenamos bien». Aún no había acabado de hablar, cuando un grupo de robustos hombres de 1,80m. por lo menos vino a recibirnos. A pocos metros pudimos comprobar, no solo con la vista sino también con el olfato, que iban vestidos casi íntegramente con pieles de oveja —pantalones y abrigo; solo el gorro era de piel de zorro—. Una vez frente a nosotros nos dieron la bienvenida y nos invitaron hospitalariamente a reunirnos con ellos. El que parecía ser el líder encabezó la marcha hasta una de las yurtas y descorrió la cortina que escondía la entrada. El interior era muy cómodo. Las paredes estaban recubiertas de alfombras y, a uno de los lados, había un pequeño diván con cojines formado por un montón de mantas apiladas. Allí se sentó aquel hombre con las piernas cruzadas. Tras unas palabras de bienvenida, dio la orden de que entraran en la yurta un par de rollizas ovejas. Entonces se abalanzó sobre ellas y comentó algo sobre su carnosidad, tras lo que, alzando la vista y cerrando los ojos, entonó unos cantos mahometanos.

A continuación, los otros hombres las sacaron de nuevo para sacrificarlas, despellejarlas y poner la carne a estofar. Fuimos per-

cibiendo de manera creciente el olor del guiso hasta que, al rato, una mujer entró en la tienda y nos dijo que la cena estaba lista. Nos sentamos en el suelo con las piernas entrecruzadas. La comida tradicional de la cultura kirguí es sencilla: se trata de un enorme recipiente metálico —casi tan grande como una bañera—, en el que la carne se apila en islas dispuestas en medio de un mar de exquisita salsa, en el que a su vez flotan las albóndigas. Justo en el centro del recipiente se emplaza la cabeza entera de la oveja, que es considerada todo un manjar.

Una vez sentados sobre los cojines, las mujeres aparecieron con unas jarras de agua que nos vertieron en las manos. Entonces nuestro anfitrión se inclinó sobre la marmita y agarró la tan preciada cabeza de oveja. Tras probarla él mismo, se giró hacia donde me encontraba yo y me introdujo un succulento trozo directamente en la boca. Esta es una costumbre que tienen para honrar a un invitado. Estaba delicioso. Tras el ritual nos pusimos a comer: prácticamente no dejamos nada de aquella deliciosa carne en el recipiente. Como a las mujeres y a los niños no se les permite comenzar a comer hasta que los hombres han terminado, en muchas ocasiones no se encuentran más que con los huesos. En consecuencia, están delgados y suele parecer que siempre tienen hambre. Los kirguises tienen fama de ser capaces de devorar una oveja entera. Pero no son solo notables comedores, sino también bebedores. Su bebida favorita se elabora con la fermentación de la leche de yegua.

Tuve la suerte, mientras estuve en aquel campamento, de ser testigo de algunos de los ejercicios de equitación con los que se entretienen. Nacen siendo caballeros: no es infrecuente, de hecho, que incluso nazcan a lomos de un caballo. Las mujeres, sobre sus monturas, en ocasiones han de dar a luz en medio de una migración. Y detener a toda una comitiva por un suceso tan natural como lo es un parto sería algo inconcebible.

Uno de estos juegos se llama *baiga*. Uno de ellos mata una cabra y, a continuación, la carga en su montura sujetándola con una de sus piernas. A su vez, cincuenta jinetes se alinean frente a las yurtas. Gana el juego el hombre con la cabra si es capaz de acercarse cabalgando a una de las yurtas y, de una patada, arrojar el cadáver dentro de una de ellas. Los demás jinetes deben, a su vez, hacer

todo lo posible para impedirlo. En ocasiones la persecución los lleva hasta el filo de precipicios o cerca de profundas simas. Resulta maravilloso ver cómo son capaces de mantener el equilibrio al galope, precipitándose en picado por alguna cuesta prácticamente en perpendicular. La única cosa capaz de desequilibrar a un kirguís es si su caballo se derrumba. Cosa que en raras ocasiones sucede, dado que sus animales tienen el caminar infalible de una cabra montesa. No obstante, a veces sucede. Especialmente mientras juegan al *baiga*.

Son tan apasionados que, en ocasiones, al final de un día de juego, los heridos se cuentan por decenas, e incluso a veces hay muertos. Muerte que para ellos es considerada gloriosa.

Otro juego cuyo nombre he olvidado, es una carrera que enfrenta a hombres y mujeres. Todos comienzan a la misma distancia: 900 metros de la yurta. Ellas van armadas con látigos y cuando alcanzan a alguno de los hombres comienzan a fustigarlo hasta llegar a la meta.

La caza de lobos es otra práctica habitual de ocio entre los kirguises. Para ello emplean águilas especialmente entrenadas, que normalmente viven con ellos en las yurtas y a las que tratan como sus mascotas. Las alimentan con todo tipo de exquisiteces, por lo que les acaban siendo fieles. Antes de sacarlas a cazar, anudan sus garras suavemente con unas cintas de cuero. Entonces, a lomo de sus caballos, los cazadores salen en busca de sus presas. Es el jefe quien siempre transporta al portentoso animal en una de sus muñecas.

Cuando avistan un lobo sueltan al águila, que asciende hacia los cielos hasta que deja de ser visible al ojo humano. Entonces desciende como un meteorito, abalanzándose sobre la espalda del animal para agarrarlo. Con una garra le sujeta el cuello; con la otra se ase con firmeza a un matorral. En ese momento aparece, como una exhalación, uno de los cazadores blandiendo su lanza y, de un golpe seco, rompe el cráneo de la presa.

Para la caza de zorros eligen a los caballos más veloces. Al galope, persiguen a la presa por rocas y abismos hasta alcanzarla, momento en que el cazador rompe el cráneo al animal con un golpe de maza.

No obstante, a pesar de su fiero salvajismo, los kirguises son un pueblo de lo más cordial. Cuando se cruzan con un extraño de su propia etnia se dicen «Aman-ba», que significa «¿cómo estás?».

Pero no se quedan ahí. A continuación siempre se preguntan por sus esposas, sus hijos, sus camellos, sus ovejas... Prácticamente los únicos habitantes de cada yurta por los que no preguntan, son las pequeñas pulgas que habitan en los cojines.

UNA EXPERIENCIA FÍSICA

Nuestro regimiento comenzaba a acusar el desgaste de la lucha constante en inferioridad de condiciones. Nuestra proporción con respecto a los bolcheviques era de uno a diez. Pero a pesar de la desigualdad numérica continuamos luchando, en ocasiones teniéndonos que retirar solo un día después de tomar algún bastión comunista.

No solo es que estuviéramos librando una batalla perdida contra el enemigo, sino que debíamos enfrentarnos a los rigores del crudo invierno siberiano. En estos momentos, mientras escribo estas líneas frente a un fuego resplandeciente y me fumo tranquilamente un cigarrillo, me resulta increíble pensar que fuera capaz de vivir todas aquellas penurias y miserias. Recuerdo cuando recibimos instrucciones de desplazarnos de Bakhty a Zaysan, donde se concentraba un grupo considerable de enemigos. Para hacerlo, tuvimos que atravesar el cerro de Zaysan: una marcha de unos dos días. En medio de la travesía la temperatura cayó hasta los -35° , llegando hasta los -40° y, por si fuera poco, marchábamos directamente hacia una ventisca.

La primera noche encontramos una mezquita kirguí en la que refugiarnos, pero como el edificio no era lo suficientemente grande como para acogernos a todos, muchos tuvieron que pasar la noche a la intemperie. Tratábamos de avisarles de vez en cuando para que se pusiesen en pie y se moviesen y, aun así, a pesar de los esfuerzos, al día siguiente encontramos a treinta y cinco de nuestros hombres muertos por congelación. Asimismo, perdimos veinticinco caballos y dieciséis camellos.

Tampoco olvidaré nunca otra noche terrible. En mi *sotnia*, bajo mis órdenes, había un chico de solo catorce años al que traté de ayudar y proteger lo mejor que pude. Era huérfano, por lo que lo habíamos enrolado en nuestro regimiento como una especie de mascota. El tiempo empeoró en una jornada que tuvimos que avanzar de noche y, como el muchacho estaba exhausto, lo envolví lo mejor

que pude en varias mantas de piel de oveja e hice que se acomodara en la parte trasera de un camello. A la mañana siguiente, cuando nos detuvimos y fuimos a ayudarlo a bajar, estaba congelado. Había muerto sentado.

Y así, en tales condiciones, debíamos luchar y vencer si nos era posible, o bien retirarnos tratando de mantener el orden si nos superaban.

En Zaysan atacamos con tal apremio y coraje que logramos limpiar al enemigo del mapa. Sin embargo, solo fuimos capaces de mantener la plaza dos días, puesto que el ejército bolchevique no paraba de recibir refuerzos. Nos batimos en retirada en dirección a Bakhty, de nuevo a través de la terrible cordillera.

Durante la travesía uno de nuestros camellos de carga tropezó y se precipitó por una sima. La caída fue de tal envergadura, que el pobre animal quedó hecho picadillo. Entre la carga que transportaba había una serie de documentos de vital importancia, por lo que uno de los sargentos se prestó voluntario para descender y recuperarlos. En medio de la bajada la nieve se fracturó bajo sus pies, haciendo que se deslizase peligrosamente. Le lanzamos un cabo, pero no era lo suficientemente largo. Al final, atando todos los trozos de cuerda de los que disponíamos, logramos la longitud suficiente para que se agarrase. Recuperó los papeles y escaló de nuevo hasta donde nos encontrábamos. La proeza le costó tres dedos de la mano izquierda y dos de la derecha. Tuvimos que amputárselos.

Aparte de las dificultades meteorológicas, tuvimos que lidiar con serias dificultades para conseguir alimentos. Llegamos a un pueblo por el que los bolcheviques habían pasado hacía poco. Estaba devastado. Solo habían dejado con vida a los más ancianos. Los demás habían huido o habían sido asesinados. No obstante, siempre que llegábamos a zona habitada, los campesinos, al saber que combatíamos a los bolcheviques, comenzaban a salir de sus escondrijos para abrirnos sus silos y ofrecernos parte del grano que escondían de los expoliadores. Lo dividían y nos lo entregaban sin pedir nada a cambio.

Cuando teníamos la suerte de llegar a algún pueblo ignorado por el enemigo, nos asentábamos allí un par de días para descansar.

Los aldeanos casi siempre nos acogían en sus propias casas con hospitalidad.

Fue en uno de estos pueblecitos donde tuvo lugar un incidente desolador. Una mañana, el viejo párroco de la localidad vino a reunirse conmigo. Comenzó a relatarme la historia dubitativo y con aparentes muestras de disgusto. El soldado acuartelado en su casa había quebrantado las normas de hospitalidad. El religioso tenía una hija de diecisiete años y, según me refirió, se había aprovechado de su juventud e inocencia. Comenzó a llorar amargamente.

Averigüé el nombre del compañero. Era un soldado joven, valiente y rebosante de vitalidad. Además, era bastante agraciado —puede que, al fin y al cabo, el rechazo de la muchacha no hubiese sido tal, a pesar de la historia que me relató su padre—. Era consciente de la pena que un acto de tal índole comportaba en el ejército de Atamán Annenkov. Sin embargo, mi deber era poner al corriente al cuartel general. El castigo que le esperaba era sumario: lo llevarían frente a una tapia y lo fusilarían.

Entonces yo tenía solo diecinueve años y se me antojaba terrible que un hombre joven, fuerte y —en caso de que lograrse esquivar las balas enemigas— con tanta vida por delante tuviese que morir. Le dije al párroco justo lo que pensaba en aquellos momentos: «Mi soldado ha pecado gravemente ante sus ojos, padre. ¿Pero es su pecado lo suficientemente doloroso para usted, como para que le desee la muerte? Anoche habló con él, se rio con él, puede que hasta le gustase antes del incidente... ¿Cree realmente que es alguien tan diabólico como para merecer la muerte?»

«¡No! —me contestó, mientras las lágrimas corrían por sus mejillas—. Creo que debe ser castigado, pero no que deba morir. Antes de eso le perdonaría por completo».

«Será castigado —le aseguré, mientras tomaba una decisión a toda prisa—. Si no interpone ninguna queja más, se librará del fusilamiento». Aquel pobre hombre me aseguró que no hablaría con nadie más. Mandé buscar al joven soldado. Hablé con él, recordándole que el precio que tendría que pagar si informaba a un superior sería la vida. Le pregunté entonces si consentía en que yo fuese su juez y ejecutor. Asintió: «soy demasiado joven como para morir fusilado como un perro».

Fuimos a la habitación contigua y mandé llamar a dos kirguises, quienes allí mismo le propinaron veinticinco latigazos sobre su espalda desnuda. Luego le dejé marchar. Si alguien hubiese llegado a averiguar que no informé del caso y que decidí tomarme la justicia por mi mano, me habría puesto en grave peligro, llegando a tener que enfrentarme a un tribunal militar e incluso al paredón. El castigo que infligí al soldado fue severo, pero le previno de volver a cometer un acto tan ruin de nuevo —al menos mientras estuviese en nuestro regimiento—. Más tarde, cuando se disolvió el ejército blanco, aquel joven y yo volvimos a encontrarnos y, puesto que la disciplina y las jerarquías militares se habían esfumado, pudo perfectamente haberse tomado la revancha. Por el contrario, me siguió con la devoción propia de un perro. Nunca olvidaría, según me confesó, que yo le había salvado la vida.

En los pueblos fronterizos, a menos que los bolcheviques ya hubieran pasado por allí para convertir a su doctrina a los habitantes, nos trataron siempre como invitados con todos los honores. Cuando llegábamos, los aldeanos salían a saludarnos, portando pan y sal, de acuerdo con sus costumbres ancestrales. Y ya fuesen completamente pobres, nos ofrecían siempre lo mejor que tenían.

En realidad, todo aquello debía de ser bastante perturbador para aquellas gentes: una horda de soldados a caballo penetrando en sus tranquilas comunidades, donde los forasteros apenas eran conocidos, y donde las costumbres y tradiciones de sus bisabuelos todavía estaban vigentes. Para ellos la brujería, los fantasmas, encantamientos y hechizos propios de la Edad Media todavía eran una realidad, y la radio, el cine o los aviones no eran más que cosas de las que tal vez habían oído hablar a ocasionales vendedores ambulantes en cuentos e historietas orales para entretener. Y simplemente no las creían.

Yo no creo en los fantasmas y, sin embargo, en una ocasión vi uno. Y puesto que no fui el único que lo vio, en realidad mi escepticismo a este respecto no tiene demasiado sentido. Tras varias semanas de agotadora lucha nos encontrábamos cerca de una aldea fronteriza como las que ya he descrito, en la que el coronel Ostroïkhov alcanzó un acuerdo con sus habitantes para que nos permitiesen tomar allí un merecido descanso.